

DOMINGO XXXIII (T.O.)

LA HOMILÍA S. Martínez Rubio

Palabra de Dios:

Lucas 21, 5-19

Final de la historia humana

El evangelio de este domingo dirige nuestra mirada hacia el final de la historia humana; Jesús orienta a sus discípulos para que sepan actuar en el tiempo presente, teniendo como telón de fondo el final.

Admirados de la grandiosidad del Templo:

Los que hablan con Jesús están admirados de la grandiosidad del Templo de Jerusalén. Ciertamente el edificio del Templo impresionaba. ¡Era una maravilla!

Jesús anuncia que aquella maravilla no será representativa del Reino que él ha predicado. El templo tendrá su final, la destrucción. Y en efecto, a raíz de la guerra judía, el Emperador ordenó que el templo de Jerusalén fuese destruido y quedase como un solar. (Así lo afirma Flavio Josefo, en la "Guerra Judía", 7,1-2; 6, 281).

Pregunta de los asustados: ¿Cómo y cuando?

Ante este anuncio, le preguntan a Jesús cuándo llegará ese final y cuál será la señal de que ha llegado. La pregunta denota miedo; cuando hay miedo se quiere seguridad exacta, como si sabiendo cuándo y qué va a pasar estaremos seguros de superarlo.

La respuesta de Jesús cambia la cuestión

La respuesta de Jesús cambia el planteamiento: Lo importante no es el **cómo y cuando** vendrá el final sino el estar preparados en el presente. Con lenguaje apocalíptico Jesús da un muestreo de lo que puede pasar. Las luchas, las epidemias, el hambre y las catástrofes pueden verse como presagios del fin de los tiempos, pero este fin no tiene por qué venir inmediatamente después de estos hechos. Jesús nos previene contra aquellos que pretenden conocer el futuro: "Cuidado con que nadie os engañe. Porque muchos vendrán usando mi nombre, diciendo: «Yo soy», O bien: «El momento está cerca»; no vayáis tras ellos"

Pero antes de todo eso...

La literatura apocalíptica recurre a la acumulación impresionante de sucesos angustiosos y terribles, con la finalidad de sacudir las conciencias adormiladas, para revelar la plenitud final, y que su conocimiento anime lo penoso del caminar presente. Jesús subraya y prepara a los oyentes para los tiempos de **«antes de todo eso»**, es decir, para los tiempos en que los cristianos deben dar testimonio. De lo que hay que preocuparse es de todo lo que va a suceder antes de ese momento final.

Se subraya **el testimonio** que los cristianos deben dar y que consiste, en definitiva, en seguir el mismo camino de Jesús: «os echarán mano, os perseguirán... os harán comparecer ante reyes... os traicionarán», «matarán a algunos de vosotros»... Jesús no nos engañó presentándonos un



camino de facilidades y de seguridades, sino que expresamente nos dio a entender que el camino de sus seguidores estaría lleno de luchas y de dificultades. Nos anuncia la victoria final y, al mismo tiempo, un camino difícil.

“Pero ni un cabello de vuestra cabeza perecerá”.

Pero ante esas dificultades, el optimismo y la confianza empapan las palabras de Jesús: «yo os daré palabras y sabiduría...», «*ni un cabello de vuestra cabeza perecerá*», «*salvaréis vuestras almas*».

EN RESUMEN: perseverante y confiada fidelidad y evangélico testimonio

El Evangelio de hoy no es ninguna descripción del fin del mundo. Lo que importa no es conocer cómo y cuando será el final, sino tener claro que «antes de todo eso» los discípulos tendrán dificultades. Pero contamos con la presencia y ayuda del Señor: “*ni un cabello de vuestra cabeza perecerá: con vuestra perseverancia salvaréis vuestras almas*”. Por tanto nuestra actitud ha de ser de **perseverante y confiada fidelidad y evangélico testimonio**.

En definitiva, es una llamada a la fidelidad y a saber permanecer perseverantes en los más dolorosos acontecimientos. Más allá de las dificultades hemos de perseverar en el testimonio evangélico, con la confianza de que «*ni un cabello de vuestra cabeza perecerá*», «*salvaréis vuestras almas*».

Que la eucaristía que celebramos sea alimento para perseverar en ese testimonio.